

Un obús cayendo despedaza

Andrés Ehrenhaus

Un obús cayendo despedaza

Andrés Ehrenhaus

Sebentín

P. C. Morguen en un remís, rumbo a la Rural. Hoy charla. Va pensando en lo que dirá, en el cómo, en el qué dirán, en el por qué. Ya comió, se siente pleno pero falto de algo. Quizá de la tradicional modorra posprandial, suspendida por mor de la nerviosidad ante la exposición inminente. ¿Hace cuánto que habla en público? Siglos. Y sin embargo se mueve, como dice el musical. Presta escasa atención al mobiliario urbano que van dejando atrás, a la presencia humana en las arterias, al cielo que se mete a presión entre los edificios más altos. Concéntrese, Morguen, se conmina. Con el tiempo te volviste distraído, te se fue la tensión dramática, vas a los eventos con un esplín de cuarta. Lo que antes era adrenalina ahora son nervios ordinarios. Concéntrese, tu carrera está en juego. Cada vez que te exponés, un cachito de vos se disuelve en el mercado.

Porque somos ganado, hacienda privilegiada, mamíferos de gran tonelaje y orejas caídas, rumia ahora Morguen. De vez en cuando nos sacan del corral, nos exhiben, nos hacen bramar o mugir, nos ponen una cocarda y nos devuelven al heno húmedo y oscuro con una nueva marca en el cuero. No es casualidad que mucho acto intelectual se celebre en predios de los tratantes de ganado. Así va pensando Morguen, incluso entusiasmado por la eventualidad de incorporar estas reflexiones casi se diría espontáneas al complejo entramado de su intervención de hoy. A Morguen no le gusta leer cuando se dirige al público, al menos no al pie de la letra, como si su pensamiento no se

Un obús cayendo despedaza

sostuviera en pie sin las muletas del texto escrito; prefiere desarrollar el discurso a partir de apuntes, consignas, notas, chispazos, ordenados, eso sí, mediante un riguroso esquema previo. La libertad, cree, no ha de estar reñida con la previsión. Rumiar, mugir, bramar, quizás soñar...

Disculpame, ¿te puedo consultar algo?, le dice de pronto el remisero. Morguen se tambalea levemente, como si su cabina presurizada hubiera sufrido un mínimo pinchazo, pero reacciona con presteza, tosiendo para aclararse la garganta antes de contestar: ¿Eh? Sí, claro, cómo no.

El remisero es un muchacho más grueso que fornido, de pelo parco y un desaliño intrínseco que trasciende el uniforme informal (camisa celeste y pantalón oscuro) como brotan los yuyos entre las baldosas. Tiene un crucifijo tatuado en el cuello y otro colgando del espejo retrovisor. La ficha adjunta al respaldo del asiento dice que se llama Hernán. Morguen duda: ¿debe usar su nombre de pila para dirigirse a él o eso sería tomarse una excesiva confianza? Por otro lado, el remisero no ha dudado en tutearlo. Rápidamente, se hace una nota mental acerca de los saltos de registro en el protocolo urbano de los últimos tiempos; uno nunca sabe cuándo va a sobrevenir la laguna y cualquier recurso a mano para vadearla siempre es bueno.

Mirá lo que me pasó. Necesito que me digás qué te parece. Perdoname que te lo pregunte así, pero llevo un rato dándole vueltas y me está matando. No te importa, ¿verdad?

Morguen asiente y enseguida niega, indeciso ante el paraño de la doble negación. ¿O es, quizás, su propia incerteza la que lo induce a ambigüedad? Partido a medias por la fobia y la curiosidad, se da cuenta con alarmado alivio de que, diga lo que diga, su respuesta da lo mismo, porque el remisero ha empezado a desplegar su parlamento sin esperarla. Hay cierta angostura en su voz, señal de que está tratando de ceñirse a la verdad, algo que no siempre viene de suyo y menos entre porteños. No obstante, la solemnidad y llaneza del relato del gordo atrapan a Morguen, que por unos instantes deja de pensarse a sí mismo. El muchacho había salido esa mañana a hacerse el puchero pero ni modo, no pintaba naranja. Pasaron horas sin que asomara el menor atisbo de pasajero. De repente, cuando había tirado la primera chancleta y estaba rezongándole al Ñorse antes de tirar la segunda, zas, un servicio en el centro; era media mañana y las dos minas que recogió eran holandesas, iban al Malba, piolas. Charlaron con cordialidad; el gordo Héctor manoteaba algo de inglés, aseguró. Al llegar, el reloj marcaba 17 sopes. Sebentín, les dijo. Riendo, distendida, una de las holandesas peló dos yotebis de 100. Dos gambas, hermano: mirá, acá están, para que veas que no te miento. En efecto, entre los dedos gruesos agita, como una campanilla, dos billetes de cien. Onli ten, dijo la nami. Sólo diez, entendés. Entiendo, dijo Morguen, dispuesto a concederle la maestría lingüística que alegaba. ¿Y vos qué hiciste?, pregunta.

¿Qué hice? Qué voy a hacer: ¿no ves que tengo los yotebis? En un primer momento me quedé duro, con una sonrisa de gil de campeonato. Un tachero que había parado al lado me miró con cara de avivate, pibe. Y entonces me mandé: pelé un diez, le di

Un obús cayendo despedaza

el cambio, la mina bajó contenta y yo rajé. ¿Vos que pensás, que me los dio de onda o se equivocó? Porque después me quedé pensando, le empecé a dar a la croqueta. Yo antes era un garca, un desaforado, viste. Las hacía todas. Manejaba un tacho y no tenía piedad ninguna. No esperaba la confusión, la creaba. Así hasta que en mi familia ocurrió una desgracia, una cosa muy jodida, y cambié. Pará, me dije. Arriba lo ven todo, viste. Me puse a pensar así, a recapacitar. Me dio por suponer que esa desgracia no era casual, que todo tenía un motivo, que nada es gratarola. No estoy colifa, hermano. Pero el de Abarri lo ve todo, incluso las cosas más tontas... ¿Qué te parece a vos? Decime, necesito que alguien como vos, que tenés pinta de serio, de persona decente, de buen tipo, me diga si hice bien o mal. Porque, además, al turista hay que cuidarlo. Es de donde morfamos. ¿Y ahora qué le digo a mi jermu, de dónde le digo que saqué la mosca? ¿Vos creés que me la dieron de onda?

Morguen carraspea. Los juicios morales lo sobrepasan por varias atmósferas. Se pone a balbucear lugares comunes del refinamiento ético. Trata de llevar las cosas a un marco estructural: le pregunta al remisero si realmente necesita la guita. ¡Y obvio, hermano! A vos qué te parece. La agencia se queda con un toco, y está la nafta, y las horas al pedo... Si no rasco algo cada día, la cosa se pone brava. Pero todo liso, sin trampas, viste, desde esa desgracia familiar yo no quiero problemas. Después cualquier detalle cuenta. No, flaco, yo no me juego más. Por eso necesito que me digas lo que pensás. ¿Vos que hubieras hecho?, inquiera el gordo Héctor, mirando al pasajero a los ojos. Ya han llegado a destino y el remisero, sin detener el motor, se ha dado la vuelta en busca de un espacio de confidencia.

Morguen balbucea otra serie de torpezas sociológicas. De pronto, en medio de la agonía de no poder ofrecer un asidero, cree dar con la tecla maestra: la próxima vez que te pase, hermano (ha decidido rendirse a la horizontalidad), hace la prueba y avisales. En una de éstas a lo mejor hasta te dan un premio. Y habrás lavado la de hoy. Una por otra, ¿no te parece?

El gordo Héctor se ilumina fugazmente; no está aliviado del todo pero algo es algo. Todavía sigue queriendo creer en la posibilidad de la propina espléndida, pero en el fondo sabe que, en ese caso, le habrían dado un billete, no dos. Gracias, flaco, le dice a Morguen. Me salvaste el día, insiste, más por excederse en el urbanismo y la amabilidad culposa que por sentirse desagraviado. El pasajero, que ya desea haberse ido y está molesto consigo mismo por dejarse enredar en las más gratuitas redes ajenas, paga apresuradamente, le palmea el brazo sólido al muchacho y salta del vehículo al estilo policial. Suerte, chau, dice hacia el recinto.

Morguen corre ahora por las instalaciones feriales. Retenido por la telaraña moral del remisero, está llegando tarde a la charla. Él, que se vanagloria de su puntualidad y afea la impuntualidad ajena. Tropieza, inevitablemente, y recorre pasillos que desembocan en un pabellón que nunca es el último. Por fin llega, acalorado, confuso. Lo están esperando, el público ha entrado en esa fase de bullicio que sigue a la impaciencia y precede al aletargamiento. Se acomoda en la silla, se aclara la garganta. Encima, el primero en hablar es él, ya lo habían pactado así días antes. Con la cabeza aún envuelta en nubes, extrae sus papeles de un cuaderno y los trata de ordenar varias veces,

Un obús cayendo despedaza

como si estuviera barajando naipes antes de un número de magia. Se le cae uno, hay alguna risilla cómplice, su público le es fiel. Se ha restablecido el silencio. Morguen toma profundo aliento y congela el crono. Las miradas convergen en su juto enrostro y él arranca a perorar.

El arranque, todo hay que decirlo, le cuesta un poco. Los sucesos del remís han acabado de revolver sus cada vez más revueltas ideas, que —ya que estamos en otoño— caen día a día de su antaño frondosa mente hasta yacer en frágiles montones de diferentes tonos de ocre que se ponen a danzar con parsimonia al menor soplo de brisa o desorden universal, y ya se sabe que nada abunda más en esta vida que la entropía. Sin embargo, donde hubo cenizas algo de llama queda y el estro paulatino de Morguen se reaviva al amor del público raleado e incipiente que salpica la sala. Los han relegado a una suerte de cobertizo indoor, un galponcito de lujo, largo y de techo bajo, donde el calor se vuelve canícula si no circula el aire por voluntad de dos potentes y muy ruidosos acondicionadores y, a la inversa, se torna gélido cuando éstos rocan. No hay térmico medio. ¿Una metáfora de los extremos climáticos del elongado país? Es posible. Se suda o tiritita sin apenas transición, se pasa del uno al otro en menos de lo que canta un ganso y al azaroso albur de las máquinas. Esto no favorece la ya mermada aunque proverbial lucidez conceptual de Morguen, que se resiente en grande de los saltos mercuriales. Y sin embargo (su lengua) se mueve...

Varias perífrasis introductorias más adelante, Morguen consigue engranar la máquina aceitada, poner a girar de lo lindo los pernos y las poleas, echar carbón intelectual a la caldera y em-

pezar a echar vapor. Lo espolea la secreta convicción de haber sacado a un pobre muchacho de las sombrías honduras de la culpa remisera. Esa porción de orgullo le basta para palear con ahínco, a la espera de que el oficio, el aplomo y la solvencia hagan el resto. Qué ingenio: ha conseguido darle la vuelta al contratiempo. Poco a poco, la locomotora Morguen va cobrando inercia y el panorama se ensancha a su paso. Entusiasmado por su vehicularidad, como si las palabras fueran aceitunas en una balsa de aceite o grisines untados en queso crema con cebolla de verdeo y comino, el orador se embala. De pronto, cada coma lleva a la otra, cada relativa a una subordinada y cada renuncio a un énfasis, en una secuela de ondulaciones y quebradas sin más solución de continuidad que la propia línea del horizonte. El otoño y las variaciones termales han quedado atrás.

Ahora su soltura y su dominio son tales que puede darse el lujo de tropezar, de trastabillar incluso y hasta casi de caer y, sin embargo, no perder ni por un instante el hilo ni renunciar a la atención del público o del moderador y los otros panelistas, que lo siguen atenta y gravemente, como quien sopesa con admirada incomodidad la salvaje brillantez de un diamante prácticamente en bruto. Alguno incluso parece abrumado bajo el peso de ese acopio de verdades lanzadas con la implacable periodicidad de los relámpagos en un diáfano cielo vespertino; otros se miran las manos o clavan la vista en el suelo de la tarima, o juguetean ensimismados con los pliegues del mantel carmesí: tal es la contundencia del discurso de P. C. Morguen. No es casual que lo eligieran a él para abrir la velada. Qué parla, qué labia, qué lengua de ámbar. Si hasta se da el lujo de intercalar la anécdota del gordo Héctor, con moraleja y análisis so-

Un obús cayendo despedaza

ciosicológico, e ilustrar, varios papeles y minutos más adelante, alguna de sus aseveraciones con la paradoja de que la cultura y las vacas desfilen en el mismo coso. No es por nada pero esos toques espontáneos, expresionistas, asilvestrados, elevan la escasa altura inherente del cielorraso de la sala a niveles, por así decirlo, mucho más humanos.

En esa sala, un público ralo pero nutrido (no es oxímoron, son gente bien morfada) dormita con gravedad, vigila el vuelo de una mosca, hace crucigramas o sudokus, teje una mañanita para el nieto, repasa los acontecimientos domésticos o trata de atesorar el milagro de la palabra hablada, algo para lo que, dicho sea de paso y con todo el dolor del alma, no todo el mundo está dotado. Ello no obsta para que los más fieles acólitos del orador de turno, familiares, subalternos o deudores sentimentales en su mayoría (si es que se puede hacer estadística de un universo de menos de tres docenas), se afanen por absorber lo que mana de los altoparlantes que emiten aquello inmarcesible que va desgranando el poseedor del micrófono. Pero el espacio es el espacio y el tiempo, el tiempo, y una cosa lleva a la otra y tanto va el cántaro a la fuente que al final se corrompe, de modo que cuando el moderador sale a duras penas de la modorra en la que el clima alterno y la excelsa sanata lo han sumido, repara con disimulado espanto que han transcurrido los tres turnos de palabra y que lo que debía ser una mesa redonda se ha convertido en un palo de mesana. Arriba, alegre, ondea al viento abstracto la patente de corso y los contertulios restantes, liberados de la obligación de la palabra, se mecen en sus sillas tan sueltos como la enseña. Todo ha sido dicho y sólo eso ya merece un festejo. Sin embargo, el moderador no se atreve a sortear

un último deber: ha prometido en la introducción que daría paso a las preguntas e inquietudes de los asistentes y, a pesar de lo álgido de la hora (hay otras actividades que vienen rempujando detrás), no puede desdecirse y despachar al leal y sufrido público así como así. Anuncia, por tanto, que se dará paso, debido a la flacura de tiempo, a una o a lo sumo dos intervenciones de la audiencia.

¿Hay alguien que quiera preguntar algo? ¿Nadie? Esto es como es y ya se sabe que toda pregunta lanzada desde un estrado retrotrae al individuo de a pie a los luminosos y aterrados días de la experiencia escolar. Basta que nos conminen a intervenir para que nos convirtamos al reptilismo invertebrado. Las cabezas se inclinan de manera instintiva, los ojos buscan vías de escape visual y las conciencias, justificaciones al paso para sortear el impás con una mínima garantía de indemnidad. ¿No hay nadie que quiera comentar las interesantes apreciaciones de nuestros contertulios? P. C. Morguen se ha erguido en su sitial de la mesa hasta esbozar una presque sonrisa autosatisfecha; los restantes oradores, en cambio, mantienen la vista baja en simetría con el público, quizás temiendo que recaiga en ellos la incómoda responsabilidad de romper el fuego, o el hielo, o la capa sobrenadante de nata. ¿Nadie, entonces?, se dispone a cerrar el moderador, con el clásico gesto final de recoger los pepeles y golpearlos de canto contra la superficie de la mesa, e inicia la puesta en pie.

¡Momento!, se escucha desde el dofón, yo tengo algo. Instantes antes se había abierto la puerta de la sala para dejar paso, tras breve pero intensa discusión con la azafata a cargo, a un sujeto

Un obús cayendo despedaza

ancho y atropellado que viste camisa celeste y oscuro pantalón. Ahí tienen: el gordo Héctor. Yo sí quiero decir algo. Le quiero hacer una pregunta al señor. Tres docenas de dóciles cabezas se dan vuelta. Los acondicionadores de aire han entrado en fase gélida pero el dogor está en plena sudoración. Aunque hay mucho y variado fric en la sala e incluso dos o tres polizontes consuetudinarios, nadie desentona con tanta estridencia como él; de hecho, habría pasado desapercibido si no hubiera hablado, porque por gestalt la concurrencia tendería a identificarlo con el personal técnico: porteros, recepcionistas, guardias de seguridad, sonidistas, repartidores de folletos, dependientes, subalternos. Pero Héctor ha hablado. Y quiere preguntar.

La cara de P. C. Morguen es un poema gótico. Como dicen que les pasa a los que se tiran al vacío desde una terraza, desfilan ante su ojo interior todos los sucesos del día en meticuloso desorden. Su espíritu plácido de hace apenas instantes se apresta a desplegar la primera batería de fobias. ¿Habría escuchado el remisero toda la charla en secreto? ¿Con qué objeto? ¿Quizás para descubrir en sus palabras nuevas claves místicas que le ayuden a resolver el dilema de los 200 mangos? Que, como todos sabemos, se hace nota mental Morguen, no es un problema de plata sino de la relación íntima del hombre en tanto origen y final de la unicidad con la cruel divinidad que ha fantaseado su propio deseo culpable: eso es más que evidente. ¿O bien ha quedado tan impactado por la solución al uso que le ha ofrecido que ha desarrollado un repentino síndrome de amor compulsivo, como el desgraciado de esa novela de McEwan, *Endurable Love*? Uy, ¿y si fuera eso? Halagüeño por una parte pero por la otra, o por muchas otras, ¡totalmente fastidioso y

poco recomendable! A fin de cuentas, ¿quién quiere tener a un remisero gordo perdidamente enamorado de uno, aunque sólo sea en un plano conceptual? Pobre muchacho, esclavo de su propia trama tan somera como inescapable. Bueno, dice el moderador, resignado a cumplir, manque sea de ese modo, con su promesa de participación: una pregunta sola, que hay que despejar la sala para los que vienen detrás. Adelante.

Quisiera preguntarle al señor... el señor...

Morguen, informa el moderador, solícito. P. C. Morguen.

Quisiera preguntarle al señor Morten si se cree que soy gil o me tomó por pelotudo.

¿Eh?, se bandea Morguen, vencido ligeramente hacia un lado y manoteando la mesa para recuperar la vertical. Pero cómo, muchacho... yo...

No te hagás el vivo, Morten. Porque tengas a un montón de salames que te oigan no me vas a pedalear.

Estas personas me escuchan, no sólo me oyen, se oye decir Morguen con voz estentórea, en un último atisbo de entereza intelectual que le granjea algunas risas expectantes desde las primeras filas.

Por mí como si te la chupan doblada con un libro de Niche en la punta. Vos a mí no me pedaleáis.

Un obús cayendo despedaza

Pero... yo... en qué...

Mucho verso lindo, mucha comprensión y mandanga, mucho consejo de amigo y a la final todos los tilingos son iguales. No sé para qué te cuento mis problemas si al final me afanás de una.

No entiendo, ¿a qué te referís, flaco?

No te acordás, ¿verdad? Y eso que fue apenas hace un ratito. Encima de chorro, canchero. Acá adentro no puedo, pero cuando salgás te voy a mostrar qué pienso de los avivados. ¡Mirá!

Morguen aguza la vista pero no distingue bien; entonces se da cuenta que, con el nerviosismo, no se ha quitado los anteojos de ver de cerca. Cuando se los saca, comprueba que el gordo Héctor blande un billete en la mano, con el mismo gesto con que blandía los dos de una gamba en el remis. Sólo que el de ahora es un billete de dos mangos. ¿Lo ves?

¿Y?, dice Morguen.

¿Cómo y? ¿Cómo y? ¿No reconocés el yotebi, boludón?

El moderador cree haber encontrado un subterfugio e interviene: Caballero, lo siento, habíamos quedado en que sólo había tiempo para una pregunta y Ud. ya ha formulado varias...

Vos quédate muza, gordito. Yo formulé una que el señor Morten no me contestó.

¿Ah, sí? ¿Y cuál era?

Si se creía que yo era pelotudo.

No creo que al señor Morguen le...

Que me conteste él, te dije. ¿A vos te parece que el ñoqui ése puede pagarme un viaje de diecisiete sopes con dos mangos y piantarse tan tranquilo? Encima me dice que me quede con el cambio. Qué maestro. No me extraña que lo oigan...

...escuchen...

No me extraña que te escuchen. Qué bien la hicistes. Tenés que estar lleno de oro, man. ¡Dos sopes! Y yo voy y me guardo el yote-bi con remordimiento, encima, viste, porque cada mínimo detalle cuenta, cada piolada, todo cuenta cuenta para El de Arriba, todo, y al final, cuando uno menos se lo espera, te llega la factura... ¡Con remordimiento! El reloj marca diecisiete y el flaco este me garpa dos sopes y me quedo sentado en el coche y pienso: no, yo le devuelvo el cambio posta, porque es lo que él me dijo, lo que él me enseñó, que la próxima la hiciera bien, y abro la billetera ¿y qué veo? Los dos papeles de una gamba de las holandesas y el de dos mangos del avivado. Cuando el reloj marcaba clarito diecisiete.

No entiendo, balbucea Morguen, yo...

Qué no entendés, chanta. Qué no entendés. ¿Diecisiete? ¿Te lo digo en gringo, mejor? ¡Sebentín! ¿La cazás, ahora? Sebentín. ¿La anderstán nau?

Un obús cayendo despedaza

Una señora del rebaño, que ha disfrutado el intercambio en apasionado silencio, como si fuera una final de bádminton, levanta resoluta la mano: ¿Y si hacemos una colecta?, dice. Pero la gente empieza a querer irse y, poco a poco, unos por un lado y otros por otro, agarran y se van.

Un cronocimiento

Voy rápido porque la ocasión lo permite. El Niñul quería visitar Filantropia, le habían dicho que era un punto de interés, y ahí fuimos. Encontrarlo tuvo su historia, porque desde fuera es indistinguible del resto de fachadas y portales. Filantropia está en un área industrial, sobre una avenida inconcreta, detrás de un portón enorme de madera revisitada por el tiempo. Preguntamos, y se demostró que el método era un buen recurso; no así en Atenas o Madrid, donde te dicen izquierda y es derecha. En Bucaresti, la gente, además de ser amable como en todas partes, no sufre esa dislexia tan urbana.

Golpeamos. Un encargado, lacónico como deben ser los sepultureros, asomó al rato por una puertecita que rendía inútil el gran portón. Que qué queríamos (adivinamos por su gestalt: no compartíamos la misma competencia en lenguas, y eso que el Niñul tiene un amplio repertorio de idiomas sucedáneos). La pregunta no era retórica; el hombre no parecía dispuesto a creer que dos extranjeros quisieran visitar un cementerio. Nos habían aconsejado que le ofreciéramos dinero, pero él se nos adelantó. Pedía bastante más de lo que marcaba una supuesta tarifa. Regateamos. En la negociación ganamos unos ridículos leus, pero perdimos tiempo: parecíamos cenicientas yendo a un baile con las lápidas.

Delante, el vasto desamparo de Filantropia; detrás, la voz gutural del encargado, que repetía los dígitos de la hora límite. Suponemos. Tal vez nos estaba denunciando ante ese dios que entiende mejor las cifras que las letras. Cuestión que empeza-

Un obús cayendo despedaza

mos a derivar, picoteando acá y allá, comentando las inscripciones y los nombres que más nos divertían, porque es eso lo que uno va a buscar a un camposanto, diversión, catársis, vuelo bajo, tribuna popular metafísica, somera hondura. Pero una cosa es uno y otra el lugar-ahí, que tiene sus propias maneras, costumbres y ambiciones. Un cementerio es una distopía tridimensional, y eso fue precisamente lo que aprendimos, porque acabamos rodando hacia el dofón a la izquierda, donde los límites del suelo consagrado se funden con un paisaje de tape-ras, chapas, charcos viejos, herrumbre, algún caballo, algún cuervo o chimango, bolsas de plástico tutticolori, como en La Tablada o la periferia de Pekín. Rodamos hacia allá sin saber por qué, sin saber que Filantropía tiene un vórtex rústico, un maelstrón de tierra y hueso, una jiba hacia dentro.

Es verdad, en todos los cementerios judíos se entremezclan el consciente y el subconsciente (que ahora se llama in, pero no quiero saberlo); en el de Praga, sin ir más lejos, el pasado se hincha como montones de matza con levadura. Pero lo de Filantropía era otra cosa, era como asomarse al agujero opaco, un hueco en el costado de la bestia herida, ni siquiera muy profundo, un cráter, una olla de pasto y piedra. Qué habría abajo, nos debimos preguntar el Niñul y yo, en secreto. Tampoco es que no riésemos más. El socavón podía ser ominoso pero eso no lo ponía a salvo de nuestras bromas. Hasta que aparecieron esos otros dos. ¿De dónde habían salido? Amparados en el sol bajo de invierno, en el polvo suspendido en el aire, en la anfractuosidad de las tumbas, surgieron de donde antes no había naranja y se nos acercaron con la determinación de los fenómenos naturales.

Perdonen ustedes, dijo el más joven, les hemos oído hablar

en español y nos ha vencido la curiosidad. El tipo parecía un doble fallido de Jerry Lewis en versión juvenil, con todos los chiches del original pero mal barajados: sonrisa inmarcesible, dientes de conejo, anteojos gruesos de pasta, flequillo partido al medio, terno compuesto por piezas de distintas tallas, corbata extravagante, zapatones. Bueno, dijo el otro, quien dice español dice casteshano. Era un señor atildado, de pelo cano peinado a la gomina. El Niñul y yo cruzamos una de esas miradas rápidas con mucho contenido y poca forma. Pero no hubo tiempo para grandes conferencias visuales, porque los dos volvieron a disparar sus armas cargadas de palabras. Resultó que el joven era de Alicante y el señor de Montevideo. Que vivían y trabajaban en Bucarest. Que tenían una empresa o agencia de intercambio comercial y cultural entre España y Rumania. Etc. Pronto la conversación derivó, como suele, hacia la coincidencia rioplantense. Primero intercambiamos los tópicos de rigor y cortesía; después, el señor atildado me extendió una tarjeta. Surprise.

Se llamaba Ramón María Agustín de Sobremonte y Larrazábal. El Niñul, curioso, miró por encima de mi hombro pero el nombre no le decía nada. A mí, en cambio... El señor aprovechó la tensión dramática y dijo: se sorprende, ¿verdad? Es así nomás como usted piensa, soy familia del virrey. Y ahí siguió una compleja genealogía en la que nos perdimos todos, montevideano incluido. La extraña pareja (pero nosotros también debíamos parecerlo, ¿verdad, Niñul?) se nos adosó a orillas de la gran quedada filantropista y la fuimos bordeando juntos, en la medida en que el horizonte de sucesos lo permitía, hasta una zona más sombría, aunque sin razón aparente, porque ni había más árboles ni estaban menos pelados. Entonces el joven nos pre-

Un obús cayendo despedaza

guntó si habíamos ido a ver la tumba de Hitler. Otra mirada confusa entre nos. Ellos también se mostraron asombrados: todo el mundo sabe que en ese suelo consagrado reposan los restos de un Adolf Hitler; de hecho, muchos turistas sólo vienen al cementerio para eso.

Nos condujeron. El mar de lápidas, como suele decirse, era vasto y homogéneo, pero ellos conocían el punto exacto con precisión. Sin embargo, se abstuvieron de aproximarse mucho al sepulcro, disculpándose amablemente. El Niñul no hizo cumplidos y fue directo; yo vine detrás. En efecto, sobre una tumba indistinta, ni muy rica ni muy pobre, hasta puede decirse que digna en su sobriedad y abandono, se alzaba un lapidón donde podía leerse, en letras cubiertas de musgo y roña, el nombre, la ocupación (sombbrero) y la fecha de muerte. Había fallecido en 1892, a los sesenta años. No había flores marchitas ni piedras ni huellas de nada más que tiempo e intemperie. Permanecimos un rato sumidos en una mezcla de estupor y esplín. Después haríamos más bromas, pero cuando levantamos la vista y buscamos a nuestros fugaces cicerones, ahí ya no había nadie.

En la salida, el encargado nos esperaba con mala cara y la palma extendida. Nos habíamos excedido en el tiempo, y eso no se perdona pero se paga. De nuestros amigos ni rastro. Ayer anduve revolviendo papelitos y tarjetas en donde las archivo en desorden pero no pude encontrar de ningún modo la del tartaranietao del virrey de Sobremonte.